

¿Pero es que hay libros inútiles?

Escribe: NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA

No hay libro malo que no tenga algo bueno. Verdad es esta bien sabida desde los tiempos del celeberrimo bachiller Sansón Carrasco y aún desde muchos años antes de que naciera don Miguel, su padre y natural señor. Recientemente se ha hablado en determinados círculos nuestros (nuestros por colombianos) no ya del libro malo, sino del libro inútil. Y cabe muy bien preguntar aquí: ¿inutilidad de qué índole puede ser esta? Quizá solo de aquella que proviene de la personalísima apreciación con que esos círculos juzgan a la hora de ahora el estilo y enfoque dados a sus libros por autores que produjeron su obra lógicamente según la sensibilidad reinante en la época en que ellos vivieron. Demos por aceptado que cada cual puede hacer de su capa un sayo, aún con mayor razón en esto del juzgamiento de los libros donde tan ampliamente campea la diversidad de los gustos. Otros círculos se encargarán de juzgar a aquellos al correr de los años con mayor y quién sabe si con más justificada severidad de la que ahora se usa. Las escuelas literarias están sometidas a la mutación de los tiempos y ello es ape-

nas natural. Juzgadores, pues, tendrán la novela, el cuento y la poesía hasta la consumación de los siglos. ¿Puede, empero, decirse lo mismo del libro documental, de aquel que muestra en sus páginas la dura experiencia sufrida por un pueblo en una época de su vida, o puede asimismo decirse que pertenezca él a la clase de los ahora llamados inútiles?

Las reflexiones anteriores nos han sido sugeridas por una nueva visita hecha al bibliófilo don Luis Villagómez, a quien encontramos sumido en la lectura de una obra, tal vez de muy difícil si no imposible adquisición hoy en día: la de Eduardo Gutiérrez sobre la escalofriante tiranía de Juan Manuel Rosas en la Argentina, obra salida de las prensas de Mariano Moreno, Corrientes 829, Buenos Aires año 1895, extensa de cuatro tomos, minuciosa, de estilo penetrante, fluído y directo, que pone al lector a vivir la horrorosa pesadilla sufrida por el gran pueblo del sur entre los años 1835 y 1851. En sus páginas, para decirlo con los mismos términos del autor "el espíritu aterrado, cree asistir a una aluci-

nación fantástica, porque parece increíble que el espíritu humano pueda asimilarse de aquella manera con los instintos bestiales de la fiera". Atrocidades no soñadas siquiera por los más sanguinarios emperadores romanos tuvieron ocurrencia durante aquella época amarga en suelo americano. Este sí que no podrá llamarse jamás un libro inútil, nos dice don Luis. Tremendo dedo acusador, ahí está él en su pequeña y sencilla envoltura mostrándoles a los pueblos del presente y del futuro lo que puede ocurrirles si permiten que los intereses particulares cambien de la noche a la mañana, por una desmedida ambición de poder, el sentimiento sagrado de la libertad. Y vea usted cuán extraño resulta que libros como este sean precisamente los que un día llegan a convertirse en verdaderas rarezas bibliográficas. Aparecen como un testimonio doliente, calan muy hondo en su hora, quizá, y pasado el estremecimiento que causa su lectura, un día cae sobre ellos el olvido como una pesada piedra. Bien miradas las cosas, son estos libros los que más deberían reimprimirse, para que se vea a través de ellos cuanto sufrieron otros pueblos que nos antecedieron con sus luchas en el camino de la historia y sirvan por esto mismo de eficaz preventivo. Y como este de Gutiérrez son todos los libros de igual género. Libros faros, libros trompetas, a los cuales se debe gratitud por su mensaje valiente y utilísimo.

Casi no hay pueblo americano de los que han sufrido el azote de las dictaduras, que no haya producido uno de estos libros documentales. Hechos algunos en el estilo del género novelesco, llegaron a constituir "peligroso contrabando de aduana, que se vendían a precios

fabulosos y formaban clandestina opinión y permanente conjura" según la expresión de Mariano Picón Salas a propósito de los producidos por el venezolano Pedro María Morantes contra la dictadura de Cipriano Castro, impresos en París y Valencia y "exportados como si fueran explosivos". *El cabito* es una novela calificada por la crítica como viva, profunda y palpitante. En ella "la implacable memoria de Morantes ha vertido un pequeño universo de cosas vistas y oídas", dice, además, Picón Salas. Por comprarla y leerla viajaba la gente en su época hasta las Antillas holandesas de Curazao. El ejemplar que posee don Luis corresponde a la segunda edición hecha en Valencia por la imprenta de F. Vives Mora 6, Calle de Hernán Cortés, 6 año de 1910. Es una muy curiosa muestra del exceso de precauciones que es necesario tomar cuando se maneja, como si dijéramos, en tiempo de moros, un material que puede costar a su dueño la cabeza. Sin aspecto alguno de libro, aquel ejemplar tiene la apariencia de un muestrario de telas amarrado con dos cordones para zapatos. ¡Cuántas diversas opiniones sugiere su velada envoltura de trágicas historias y cómo resulta de importante que no hubiera caído en manos de renovadores officiosos que le quitaran la fuerza de bravo testimonio que hay en el laborioso arreglo material de su empaque!

Particularmente en lo que se refiere a la tiranía de Juan Manuel Rosas, la bibliografía es en cierto modo considerable. Al lado de esta obra de Eduardo Gutiérrez que hemos visto, tan especialmente conformada para quitar el sueño aún a quienes tengan los nervios más templados, encontramos en la bi-

biblioteca de don Luis aquella otra del chileno Manuel Bilbao, muy rara también, tomo único destinado por el autor a tratar del primer gobierno del dictador, impresión hecha bajo el encargo de la Casa Vaccaro (Avenida de Mayo 638 Buenos Aires) año 1919, en lo que parece ser una segunda edición. Los primeros términos puestos por el autor en la introducción de este libro anticipan su verdadero carácter. Dice así Manuel Bilbao: "Lamartine al escribir la historia de Julio César, decía: seamos implacables ante la gloria. Nosotros al escribir la historia del general Rosas decimos: seamos implacables ante la justicia". Al lado de Gutiérrez y de Bilbao encontramos a Luis V. Mansilla con su *Ensayo histórico-sicológico* de Rosas (Garnier hermanos, 6 Rue des Saints-pères, 6 París 1898). Allí también el libro del boliviano Tomás O'Connor D'Arlach dedicado al estudio de Rosas y de dos muy célebres tiranos más: el doctor Francia y Mariano Melgarejo, juicio comparativo entre el argentino, el paraguayo y el boliviano. El tomo salió de las prensas de la Imprenta Artística, Socabaya 20, al cuidado de los editores González y Medina, La Paz, Bolivia 1914. Vemos también el libro de J. V. Silva *La dictadura de Rosas* (París 1895) y los dos de Carlos Ibarguren *Juan Manuel de Rosas, su vida, su tiempo, su drama* con abundante documentación bien aprovechada y *Manuelita Rosas*, breve y curioso esbozo biográfico de la hija del dictador, con mucho de su interesante epistolario, pertenencia en gran parte del autor, impresión a cargo de Librería y Editorial "La Facultad" de Juan Roldán y Cía., Florida 359 Buenos Aires 1933. Y tangencialmente el famoso de Sarmiento, tantas veces reimpresso.

Allí está, nos dice don Luis, el libro de Carlos Pereyra sobre *Rosas y Thiers*, un estudio acerca de la diplomacia europea en el río de la Plata en el período 1835-1850 salido de la Editorial América de Madrid en 1919, el cual parece ser una rehabilitación de Rosas, por más que el autor se anticipe en las primeras páginas a consignar su propósito de hacer allí solo una rehabilitación de la verdad histórica. De todo hay en los juicios sobre los hombres y las diversas formas en que algunos de ellos han gobernado a los pueblos. Cuando Pereyra, tan amigo de singularizarse por sus conceptos, deja sentado en ese libro que a Juan Manuel Rosas lo considera "desde un punto de vista más bien simpático" porque según su manera de "estudiar sin prejuicio un aspecto de su gestión pública, lo encuentra dotado de serenidad, juicio, previsión y patriotismo", no se está evidentemente ante un caso insólito de ensayo apologético. Son siempre de otros países los escritores que tal hacen, como seres a quienes no podía dejar marca ninguna en sus antecesores de familia la cruel secuela dejada por sus injustamente favorecidos biografiados. Pero no es el de Pereyra el único libro destinado a retrotraer a Satanás a los comienzos en que este era el ángel bueno y se llamaba Luzbel. Ahí están para atestiguarlo libros como *Rosas y su época* y *Papeles de Rosas* de Adolfo Saldías. Podría creerse que los de este tipo son libros sinceros porque a ellos no cabe el dictado de aduladores, por cuanto fueron publicados mucho tiempo después de muertos los principales actores que los inspiraron. Otros son, empero, los dictados que pueden serles adjudicados. Con todo, dice don Luis Villagómez, tales libros no deben ser juzgados como

inútiles puesto que si ellos no contribuyen a sustentar la verdad histórica, prestan en cambio el valioso servicio de mostrar crudamente hasta qué punto es variable la condición de los juicios humanos. Triste engaño es creer que el orden que se obtiene al precio de tantas monstruosidades como han cometido los grandes tiranos en el mundo, pueda llamarse orden.

Todo ese libro sobre *Rosas y Thiers* está dedicado a censurar la política de intervención practicada entonces por Francia en la Argentina, sin que aparezca en ninguna de sus páginas un solo reproche contra esa misma política de intervención practicada por Rosas en el Uruguay. Lo cual puede muy bien explicarse en un autor que escribió en medio de su libro lo siguiente, refiriéndose a Rosas: "en veinte años de tiranía derramó menos sangre que Thiers en una semana". Esto último, comenta don Luis, ese afán innoble por disculpar al bárbaro con la sugestión de que fue menos cruel que otro a quien de todos modos no puede parangonarse con el Calígula de las pampas, es lo que ha producido a veces en mi ánimo el deseo de expulsar de mi biblioteca a autor tan poco fiable, al parecer, como es Carlos Pereyra. Sin embargo, vea usted allí su extensa *Historia de la América Española* y el compendio de la misma llamado *Breve historia de América*; y su libro *La conquista de las rutas oceánicas*. (Imprenta de Juan Pueyo, Madrid 1929) donde tan rudo enemigo se muestra de don Cristóbal Colón, al igual que en su famosa y extensa historia ya mencionada. ("Era la torva codicia judaica de un logrero" dice del descubridor. "Era la malevolencia que nada perdona").

Mire también, agrega don Luis, su libro sobre el mariscal *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay*.

Bien pronto se me pasa, sin embargo, ese deseo de expulsar de mi biblioteca a autores como Carlos Pereyra y otros de esta laya, nos dice por fin el devoto bibliófilo. Pues... ¿es que hay libros inútiles? ¿El no estar de acuerdo con el pensamiento y estilo de muchos autores, puede autorizarnos no ya para sacar del recinto de nuestra biblioteca a quien no nos place sino aun para colgar públicamente de un farol a sus hijos espirituales y quemarlos después, según vimos que ocurrió en una ciudad nuestra entre un grupo de jóvenes y revolucionarios escritores? Sírvanos de consuelo, dice don Luis para terminar con nosotros su nueva charla, el saber que no podrá nunca hacérsenos el cargo de haber expulsado de nuestro cuarto de estudio a uno solo de los autores que nos hacen compañía, por más que estemos en desacuerdo con muchos conceptos emitidos por ellos; ni podrá tampoco, librenos Dios, decirse por alguien que hemos quemado libros, así sean estos de los que escribieron los mayores heresiarcas, aunque, justo es decirlo, no forman ellos con los que tenemos en materia de religión, todos de los más buenos y reputados. Lo más que puede decirse de nosotros y ello por quien no nos conoce, es que tenemos al libro como curiosidad de museo, lo cual a ojos vistas, es infinitamente menos grave que si se dijera que del museo en que lo tenemos lo hemos llevado a la pira por considerar con algunos intonsos que tal debe ser el fin destinado al libro inútil.